

pechan nada; serian capaces de acabar con cien semejantes tuyos ántes que sacrificar uno de sus caballos ó de sus perros; pero creen lo que tú les dices y no ven la nube que se les viene encima. Continúa engañándolos, amigo mio, continúa engañándolos: cuanto más equivocados estén, mucho mejor.

Mme. Defarge miró con altivez al peon caminero y movió la cabeza en señal de aprobacion. Luego le dijo:

—¿Conque quedamos en que aplaudirás y llorarás siempre que haya mucha gente y mucho bullicio, no es eso?

—Creo que sí, señora mia.

—Si te enseñasen un monton de muñecas y te lanzasen sobre ellas diciéndote que las hicieses añicos y las machacases, escogerias las más vistosas, ¿no es verdad?

—Seguramente, señora.

—Si te colocasen enfrente de una bandada de pájaros que no pudiera escaparse y te mandasen que los desplumasen en provecho tuyo, exterminarias con preferencia aquellos cuyos despojos fuesen de mayor valor, ¿no es verdad?

—Teneis muchísima razon, señora.

—Pues todo lo que has visto hace poco, no son más que magníficas muñecas y pájaros vistosos, le dijo la calcetera señalando el sitio por donde acababa de pasar la corte; ahora puedes marcharte á tu pueblo cuando quieras.

CAPÍTULO XVI.

Siempre haciendo calceta.

En tanto que Mme. Defarge y su esposo regresaban en amor y compañía al barrio de San Antonio, un punto imperceptible, cubierto con un gorro azul, caminaba entre tinieblas y á través del polvo por una interminable carretera, dirigiéndose al lugar en que el castillo del di-

funto monseñor escuchaba el murmullo de los añosos robles.

Las cabezas de piedra disponian entónces de tanto tiempo para prestar oído al murmullo de las hojas y de la fuente, que el reducido número de espantajos que al buscar yerbas con que alimentarse ó leña destinada á procurarse algun calor, vagaban por los alrededores del gran patio, creian inocentemente que aquellas cabezas petrificadas no tenian la misma expresion que en otros tiempos. Decíase por el pueblo que al clavarse el cuchillo en el corazon de monseñor, el orgullo impreso en aquellos rostros de piedra habia sido reemplazado por la expresion de la tra y el dolor, y que desde el dia en que el desdichado Jacobo habia sido ahorcado junto á la fuente, habian variado nuevamente de aspecto, adoptando el aire de satisfecha crueldad que siempre habian tenido.

La cabeza de piedra que coronaba la gran ventana de la alcoba en que se habia cometido el asesinato, tenia en la parte superior de las fosas nasales dos profundos surcos que todo el mundo reconocia y que nadie habia visto hasta entónces. Así es que las pocas veces que dos ó tres aldeanos, cubiertos de harapos, se acercaban á contemplar aquel petrificado rostro, huian aterrorizados y se escondian entre los arbustos y las malezas, como liebres acosadas por los cazadores.

El castillo y las cabañas, las cabezas de piedra y el esqueleto del ahorcado, las manchas sangrientas de las losas y el agua cristalina de la fuente, millares de fanegas de tierra, toda una provincia, toda la Francia, queda envuelta en sombras, en donde el espacio que ocupa se reduce á la más mínima expresion.

Un mundo entero, con todas sus pequeñeces, está contenido en la estrella que arroja sus fulgores, y del mismo modo que la ciencia puede descomponer la luz y determinar cada rayo, la inteligencia humana puede leer

en el reflejo de nuestro planeta los pensamientos y las acciones, los vicios y las virtudes de los seres responsables que bullen en su superficie.

Los esposos Defarge, conducidos por la diligencia, se dirigían con bastante lentitud hácia la puerta de París, en que habían de dar fin á su viaje. Hubo que detenerse, según costumbre, en la barrera; como era de rigor, aparecieron repentinamente las linternas y se procedió al registro de ordenanza. Mr. Defarge salió del carruaje; conocía á varios de los soldados del reten y á uno de los agentes de policía; su intimidad con éste era tan grande, que ambos se abrazaron con la mayor efusión.

Cuando envueltos ya en las sombras del barrio de San Antonio abandonaron los Defarge definitivamente su vehículo, la esposa del tabernero tomó la palabra, procurando al mismo tiempo abrirse camino por entre el negro lodo y las inmundicias de que se hallaba cubierta la calle:

—¿Qué te ha dicho Jacobo de la policía? preguntó á su marido.

—Poca cosa, respondió el tabernero; que han mandado un nuevo espía á nuestro barrio, y que tal vez irán algunos más, pero que no lo sabe de cierto.

—¿Habrá que apuntarle en el registro? repuso madame Defarge mirando con suma gravedad á su marido. ¿Quién es ese hombre?

—Un inglés.

—Tanto mejor. ¿Y cómo se llama?

—Barsad, respondió Defarge sujetándose á la prosodia francesa.

—¿Barsad! repitió la mujer. Bien. ¿Y cuál es su nombre de pila?

—John.

—¿Muy bien! ¿Y se sabe cuáles son sus señas?

—Edad, cuarenta años; estatura, cinco pies y nueve

pulgadas; pelo negro, color moreno, facciones regulares, ojos pardos, rostro seco y descolorido, nariz aguileña y torcida hácia la mejilla izquierda; fisonomía siniestra.

—Es un acabado retrato, dijo Mme. Defarge; mañana mismo quedará registrado.

Bran ya las doce de la noche; la tienda estaba cerrada y los dos esposos entraron en su casa por la puerta falsa. Mme. Defarge se dirigió inmediatamente al mostrador, examinó la calderilla recaudada durante su ausencia, contó las botellas que quedaban, examinó los licores, comprobó las cuentas, anotó varios asientos, interrogó mil veces al dependiente y acabó por mandarle que fuera á acostarse. Luego recogió la calderilla ingresada durante el día y la colocó en una serie de nudos que fué haciendo en su pañuelo, con objeto de llevarla á su habitación para mayor seguridad.

Durante todas estas operaciones, Defarge, con la pipa en la boca, se paseaba á lo largo de la tienda, sin mezclarse para nada en los actos de su mujer, porque tenía por costumbre desentenderse completamente de los asuntos domésticos y de los de su comercio.

La noche era calurosa, el aire sofocante, el olor de las habitaciones inmediatas nauseabundo, así es que la tienda, cuyas puertas y ventanas estaban cerradas, exhalaba un olor insoportable. Mr. Defarge no era hombre de un olfato muy delicado, pero el vino de su establecimiento tenía más humillo que sabor, y en el mismo caso se hallaban el aguardiente, el rom y todas las bebidas que despachaba; sofocado por aquella mezcla de hediondos olores, dió un fuerte resoplido, arrojando el humo que le llenaba la boca, y colocó la pipa sobre una mesa. Su mujer alzó los ojos.

—¿Estás cansado? le preguntó sin interrumpir sus tareas; este es el olor de todos los días, no tenemos otro mejor.

—Es verdad, contestó el marido; ya me voy hartaudo.

—Vamos, que no es para tanto, repuso Mme. Defarge contemplando á su marido. ¡Ah! ¡qué hombres! ¡qué hombres!

—Pero, hija mia... exclamó el tabernero.

—Pero, hijo mio... dijo interrumpiéndole su mujer y moviendo enérgicamente la cabeza; el caso es que tú desmayas, que tú decaes.

—¡Y cómo no! dijo el tabernero alzando la voz; ¡esto va haciéndose ya muy pesado!

—¿Pesado, eh? repuso su mujer; ¡y que lo sea! no se prepara una venganza así como se quiere; hay que aguardar, hay que aguardar durante mucho tiempo. Eso todo el mundo lo sabe.

—Sin embargo, el rayo aniquila á un hombre en un momento, replicó el tabernero.

—Sí, pero la tempestad tarda mucho tiempo en formarse, dijo su mujer con acento tranquilo.

Defarge alzó los ojos y permaneció pensativo.

—Un temblor de tierra puede devorar una ciudad en unos cuantos minutos, prosiguió Mme. Defarge; pero, ¿crees tú que semejante catástrofe se prepara en cuatro días?

—Ni en cuatro siglos, murmuró el tabernero.

—Pero cuando llega la hora, estalla la tierra y no queda rastro siquiera de lo que en ella había. Hasta aquel momento todo iba preparándose sin descanso, áun cuando nadie lo veía ni lo notaba. Consuélate con este ejemplo y no permitas que tu ánimo decaiga.

La tabernera apretó el nudo del pañuelo, y sus ojos centellearon al mismo tiempo como si estrangulase á su mayor enemigo.

—Yo estoy segura, continuó extendiendo la mano para dar mayor fuerza á sus palabras; yo misma, estoy segura, por más que tarde lo que quiera, de que la hora

de la justicia se aproxima. Mira alrededor tuyo, examina el rostro de las personas que ves á todas horas, fijate en su descontento y en su rabia. ¿Crees tú que todo esto puede continuar así? ¡Vamos, habría que tenerte lástima!

—Tú eres una mujer valiente y buena, exclamó el tabernero acercándose al mostrador en la actitud de un colegial medroso que va á examinarse; tú eres una mujer valiente y buena, eso lo sé yo perfectamente; pero no dejarás de conocer que esto se va haciendo ya verdaderamente largo é insoportable. ¡Tal vez no lleguemos á ver tiempos mejores!

—¿Y qué importa? preguntó su mujer apretando un nuevo nudo, como si estrangulase á otro odioso enemigo.

—¡Pues no ha de importar! replicó el marido con profunda convicción; de ese modo no llegaremos á presenciar el triunfo.

—¿Y quién nos quitará el honor de haberlo preparado? preguntó Mme. Defarge con arrogante tono; todo cuanto lleguemos á hacer dará su resultado. Yo tengo la convicción de que tomaremos parte en la victoria, pero áun cuando opinase lo contrario, creería á piés juntillas en el triunfo, como creo que si tuviese entre mis manos un aristócrata ó un noble, le apretaría....

Rechinaron sus dientes é hizo un nuevo nudo mucho más apretado que los anteriores.

—Pues yo te aseguro, replicó el marido sonrojándose como si temiese ser tachado de cobarde, yo te aseguro que tampoco retrocedería ante ninguna clase de consideraciones.

—Ya lo sé; pero necesitas hallarte frente á frente de tu víctima y creer en un inmediato resultado para que tu ánimo no decaiga; eso es una debilidad; medien las circunstancias que quieran, haz un esfuerzo sobre ti

mismo. Cuando llegue el momento, sé un tigre, un demonio; entre tanto permanezcan encadenados el tigre y el demonio, pero siempre alerta y sin que nadie sospeche su existencia.

La tabernera, para dar sin duda mayor fuerza á sus palabras, sacudió sobre el mostrador la cadena que contenía su dinero: luego recogió el pesado pañuelo, lo colocó sobre el brazo é indicó con la mayor naturalidad del mundo que ya era hora de ir á acostarse.

Al día siguiente por la mañana, Mme. Defarge ocupaba su sitio de costumbre y trabajaba afanosamente en su inseparable calceta. Tenía al lado suyo una rosa, y aún cuando de rato en rato la contemplaba un momento, hacíalo con el aire distraído que le era habitual. Varios parroquianos, más ó menos sóbrios, unos sentados y otros en pié, ocupaban diferentes puestos de la tienda. Hacía un calor extraordinario, y una infinidad de moscas, que llevaban sus aventureras exploraciones hasta los pegajosos vasos colocados al lado de la tabernera, hallaban la muerte en el fondo. Su triste fin no producía ningún efecto en las demás moscas que, de la parte de afuera, las miraban con la mayor indiferencia (como si se juzgasen elefantes ú otro cualquier animal que nada tuviese de comun con las difantas), hasta el momento en que compartían su infausta suerte.

¡Es verdaderamente extraño el poco discernimiento de las moscas! Despues de todo, es muy posible que en aquel día abrasador hubiese la misma falta de reflexion en la corte de Versalles.

Un hombre penetró en la tienda. Mme. Defarge dejó á un lado la calceta, y sin fijarse siquiera en la persona que acababa de entrar, colocó la rosa en el pañuelo que le servía de adorno.

Fué una cosa verdaderamente rara; en cuanto la tabernera se puso la flor en la cabeza, todos los parroquia-

nos guardaron silencio en la tienda y fueron abandonándola poco á poco.

—Buenos días, señora, exclamó el recién llegado.

—Buenos días, caballero, respondió Mme. Defarge volviendo á recoger su calceta y diciendo para sí; cuarenta años, cinco piés y nueve pulgadas, pelo negro, facciones regulares, color moreno, ojos pardos, rostro seco y descolorido, nariz aguileña y torcida hácia la mejilla izquierda, fisonomía siniestra, justo y cabal... Buenos días caballero; ¿en qué puedo servirlos?

—Haced el favor de darme una copita de cognac y un vasito de agua fresca.

Mme. Defarge le sirvió inmediatamente con la mayor amabilidad.

—Señora, este cognac es magnífico.

Era la primera vez que el aguardiente del tabernero recibía semejante elogio; Mme. Defarge conocía perfectamente su origen y no podía engañarse sobre el particular. Respondió, sin embargo, que el cognac era bueno, pero no magnífico, y continuó haciendo calceta como si trabajase á destajo. El desconocido la observó durante algunos momentos, aprovechó aquella coyuntura para examinar el terreno, y volviendo á fijarse en la dueña de la tienda:

—Veo que sois muy hábil en la tarea de hacer calceta, le dijo.

—Eso es hijo de la mucha costumbre, respondió la tabernera.

—Tiene un punto perfectamente trabajado.

—¿De veras? dijo ella sonriendo.

—Sí, señora, lo digo muy de veras; y ¿puede saberse á quién destináis ese trabajo?

—Es cuestion de puro pasatiempo, dijo la tabernera sin dejar de sonreirse y continuando á toda prisa su trabajo.

—De modo que ese trabajo tan bien hecho ¿no va á servir para nada?

—Segun y conforme: puede que llegue á servir, andando el tiempo, si llego á concluirlo... á mi gusto, continuó la tabernera respirando fuertemente y moviendo la cabeza con marcada malicia; sí, yo creo que llegará á servir.

No cabe duda que una rosa en la cabeza de Mme. Defarge, desagradaba soberanamente á los habitantes del barrio de san Antonio; acababan de entrar dos hombres, y al dirigirse al mostrador, vieron la flor; balbucearon algunas palabras, se aproximaron á la puerta so pretexto de ver si llegaba uno de sus amigos, y desaparecieron. La tienda habia quedado completamente desierta. Sin embargo, el espía no habia observado entre los fugitivos ninguna señal de inteligencia: habian salido con aire distraido y con una naturalidad inimitable.

—JOHN, dijo para sí Mme. Defarge continuando su trabajo y mirando de reojo al espía; espérate un poco y apuntaré BARSAD ántes de que te vayas.

—¿Sois casada, señora? repuso el inglés.

—Sí, señor.

—¿Teneis hijos?

—No, señor, no tengo ninguno.

—¿Parece que los negocios no andan muy bien!

—Teneis razon, ¡es que los jornaleros ganan tan poco!...

—¡Ya lo creo! ¡ganan poco y se ven tan oprimidos! lo que es en eso, teneis muchísima razon.

—Yo no he dicho que se vean oprimidos, caballero, replicó la tabernera añadiendo al apellido Barsad algunos puntos especiales que no debian ser de muy buen augurio para el interesado.

—Dispensad, señora, es verdad que he sido yo quien ha proferido esas palabras; pero estoy persuadido de que pensais lo mismo que yo.

—¡Pues estais equivocado! repuso gritando la calcetera; yo y mi marido tenemos muchos quebraderos de cabeza y no pensamos ocuparnos de lo que no nos importa. Todas nuestras tareas se reducen á ganarnos la vida honradamente, y en la vida nos hemos metido á averiguar lo que les sucede á los demás.

John Barsad, que habia ido allí con objeto de olfatear alguna noticia, no consintió que su rostro revelase la contrariedad que experimentaba; por el contrario, su fisonomia reflejó la mayor satisfaccion, y con el codo apoyado sobre el mostrador continuó hablando amistosamente, sin dejar de llevar de cuando en cuando á sus lábios aquel magnifico cognac.

—La ejecucion de Gaspar, señora, ha producido una dolorosa impresion, dijo sonriendo tristemente.

—¡Toma! respondió la calcetera, el que dá puñaladas tiene que llevar su merecido; demasiado sabia él á lo que se esponia; demasiado sabia que se jugaba la cabeza.

—Yo creo, dijo Barsad bajando la voz y adoptando un tono confidencial, que en este barrio todo el mundo ha sentido la muerte de ese pobre muchacho, y aquí para entre nosotros, estoy persuadido de que todos odian y maldicen á los que le han mandado ahorcar.

—¿De veras? dijo Mme. Defarge haciéndose la distraida.

—¿Creeis acaso que estoy en un error?

—Aquí teneis á mi marido, dijo la tabernera.

Al entrar Mr. Defarge en la tienda, Barsad se quitó el sombrero y le dijo sonriendo:

—Buenos dias, Jacobo.

El tabernero se detuvo bruscamente, y miró sorprendido al extranjero.

—Buenos dias, Jacobo, repitió el espía un tanto turbado al ver el modo con que le miraba el tabernero.

—Yo creo que me confundis con otra persona, caballero, dijo éste; yo me llamo Ernesto Defarge.

—Eso no tiene nada que ver, dijo el espía cada vez más desconcertado, para que yo os dé los buenos días.

—Muy buenos días, respondió en tono seco Mr. Defarge.

—Estaba diciendo á la señora, con quien tenia el honor de hablar cuando habeis entrado, que todos los vecinos del barrio, y esto no tiene nada de particular, sentian una profunda compasion y un verdadero odio con motivo de la muerte de ese desdichado Gaspar.

—Pues no sé una palabra, dijo Defarge; nadie me ha hablado de semejante cosa.

El tabernero, despues de decir estas palabras, se colocó detrás del mostrador, y colocando una mano sobre el respaldo de la silla de su mujer contempló frente á frente al extranjero.

Barsad, como hombre listo, conservó la actitud en que se hallaba, apuró el último sorbo de su copita, bebió lentamente un trago de agua, y pidió otra nueva dosis de cognac. Mme. Defarge le sirvió inmediatamente y volvió á dedicarse á su calceta tarareando una cancioncilla popular.

—Por lo visto, no sólo conoceis nuestro barrio, sine que le conoceis mucho mejor que yo, dijo Mr. Defarge al espía.

—No por cierto, respondió Barsad; pero ya iré conociéndole, porque me interesan sobremanera sus desgraciados habitantes.

—¡Hola! murmuró el tabernero.

—La satisfaccion que siento al hablaros, Mr. Defarge, prosiguió el espía, me recuerda varias cosas en que habeis tenido alguna participacion.

—¿De veras? respondió con frialdad Mr. Defarge.

—Sí, por cierto; he sabido que cuando el doctor Manette fué puesto en libertad, vos, que en otro tiempo fuisteis su criado, os encargasteis de recibirle.

—Es verdad, dijo el tabernero.

Un ligero codazo de su mujer, que continuaba haciendo calceta, indicó al tabernero que, al responder á Barsad, debía hacerlo con todo el laconismo posible.

—Tambien fué á parar á vuestra casa miss Manette, y gracias á vuestros cuidados logró llevarse consigo á su padre. ¿No iba acompañada de un viejo muy aseadito, que llevaba un traje oscuro? ¿Cómo se llamaba aquel buen señor? Era un hombre muy bien conservado y llevaba una pequeña peluca. ¡Ah! ya recuerdo: era un tal Mr. Lorry, empleado en la casa Tellson y Compañía.

—Todo eso es exacto, respondió Mr. Defarge.

—¡Estos recuerdos me interesan sobremanera! dijo Barsad. He conocido al doctor y á su hija en Inglaterra.

—¡Hola! exclamó el tabernero.

—¿No recibís de cuando en cuando noticias suyas? repuso Barsad.

—Nó, dijo el tabernero.

—No hemos vuelto á saber de ellas, dijo Mme. Defarge interrumpiendo su cancioncilla y mirando descaradamente al espía. Al llegar á Lóndres, nos escribió miss Manette diciéndonos que habian terminado su viaje con toda felicidad; luego recibimos una ó dos cartas más; despues, la callada por respuesta, y aquí paz y despues gloria.

—¿Sabeis que va á casarse? preguntó el espía.

—Una muchacha tan bonita debia estar casada hace ya mucho tiempo, dijo Mme. Defarge; pero vuestros compatriotas son tan frios...

—¡Hola! ¿y quién os ha dicho que yo soy inglés.

—Lo he conocido en vuestro modo de hablar, respondió la calcetera; me parece que los hombres son del país que revela su acento.

El espía se sintió un tanto contrariado; sin embargo, se echó á reir y añadió, paladeando su cognac:

—Sí, señora, miss Manette se casa, pero no con un

compatriota mio; su novio habita en Inglaterra y es francés. Y ya que hablábamos de Gaspar (dá pena el pensar en ese desdichado), no deja de ser raro que la hija del doctor se case precisamente con el sobrino del personaje cuya muerte ha hecho que ahorquen á ese desgraciado. En una palabra, miss Manette vá á casarse con el marqués de Saint-Evremont. El novio no lleva su título, y sólo se le conoce en Lóndres con el nombre de Carlos Darnay. Ya sabéis que su madre era una de las hijas de Aulnais.

Mme. Defarge continuaba haciendo calceta con la mayor impasibilidad; pero su marido, por más que procuró serenarse encendiendo á cada momento su pipa, se hallaba turbado y tembloroso. El espía hubiera sido indigno de su oficio si no lo hubiese notado y tenido muy presente.

Barsad, despues de hacer este descubrimiento, vió que la sesion no daba más de sí; pagó el gasto que habia hecho y se despidió del marido y de la mujer, prometiendo volver á verles dentro de poco.

Los esposos Defarge, temiendo que entrase repentinamente, permanecieron durante algunos minutos en la misma actitud en que los habia dejado.

—¿Es posible? dijo á su mujer en voz baja el tabernero. ¿Crees tú posible ese casamiento?

—A juzgar por el conducto que trae la noticia, dijo Mme. Defarge, probablemente será falsa; pero no creo la cosa imposible.

—Si eso fuese verdad... exclamó el tabernero.

—¡Qué! interrumpió su mujer.

—Y llegamos á presenciar la victoria, creo que la buena estrella de miss Manette impedirá que su marido vuelva á poner los piés en Francia.

—Esa buena estrella, replicó Mme. Defarge con la calma de siempre, dejará que el marido de miss Manette vaya

á donde debe de ir y sufra la muerte que tiene merecida.

—¡Es extraño, es muy extraño, dijo el tabernero, que despues de todo nuestro cariño y de todos nuestros sacrificios por su padre y por ella, se case la señorita con el hombre cuyo apellido acabas de registrar al lado del nombre de ese infame que ha venido á visitarnos!

—Cuando llegue el anhelado momento veremos otras cosas mucho más extrañas, dijo la calcetera. Si figuran aquí esos dos nombres, es porque deben figurar; no lo olvidéis un instante.

—Al decir estas palabras, lió la calceta y se quitó de la cabeza la flor que habia colocado en ella.

Al cambiar de sitio aquella flor comenzaron á animarse los parroquianos, y la tienda del tabernero recobró su habitual concurrencia.

Por la tarde, á la hora en que los vecinos del arrabal de San Antonio se sentaban delante de las puertas y á lo largo de las paredes de las casas para respirar un poco el aire libre, salió Mme. Defarge, con su calceta en la mano, á recorrer todos aquellos grupos: terrible misión que el mundo hará bien en no crear nuevamente.

Su marido, fumando á la puerta de la tienda, la contemplaba con verdadera admiración: ¡Es una mujer animosa y sublime! murmuró, extraordinariamente animosa y sublime!

La noche llegó poco á poco; dejóse oír el tañido de las campanas y el lejano ruido de los tambores de la guardia real, y todo quedó envuelto en sombras.

¡Otras tinieblas, no ménos espesas, debian envolver dentro de poco á aquella multitud, cuando las campanas que repicaban alegremente en sus elevadas jaulas, se trocasen en terribles cañones, y el redoble de los tambores ahogase los gritos de las víctimas inmoladas por el verdugo!

CAPITULO XVII.

Una noche.

Los claros destellos de la luna iluminaban á través del follaje el rostro del doctor y de su hija, que permanecian sentados al pié de su árbol favorito.

Miss Manette debia casarse al día siguiente; habia consagrado esta última noche á su padre, y ambos se hallaban solos.

—¿Eres dichoso, papá? dime la verdad.

—Muy dichoso, hija mia.

Hacia mucho tiempo que estaban allí juntos, y sin embargo habian hablado muy poco. A la hora en que aún hubiera podido leer ó trabajar, Lucia no habia pensado siquiera en ocuparse de su labor ni en leer algo á su padre, segun tenia por costumbre; aquella noche se diferenciaba de todas las demás, y nada podia quitarle su carácter especial.

—Yo doy gracias al cielo, querido papá, yo doy mil gracias al cielo por haberse dignado bendecir el amor que profeso á Carlos; pero si yo no pudiese en lo sucesivo consagrarte mis cuidados, si mi casamiento debiera separarnos, yo me consideraria muy desgraciada y los recuerdos acabarian pronto conmigo. Aun á la altura que están ya las cosas, no vacilaria...

No le fué posible continuar. Abrazó al doctor y ocultó su rostro sobre su pecho.

—Querido papá, dime que tienes la conviccion, que tienes la seguridad de que ninguna de mis nuevas afecciones, ni ninguno de mis nuevos deberes llegará á ser un obstáculo á nuestro cariño. Esa seguridad, esa certeza que yo tengo, ¿la tienes tú tambien?

—Sí, angel mio, respondió su padre; yo tambien tengo esa seguridad, y además, añadió abrazándola, tu casamiento me promete un porvenir más risueño que nunca.

—¿Hablais de veras, padre mio?

—Sí, hija mia, hablo muy de veras. Reflexiona un poco y verás cómo tengo razon. Tú eres demasiado jóven y demasiado buena para comprenderlo, pero no puedes figurarte el temor que tenia de ver marchitarse tu juventud al lado mio y fuera del órden natural de las cosas. Tu abnegacion te impedirá siempre conocer hasta qué punto me atormentaba semejante inquietud; pero, dime, ¿cómo habia yo de ser completamente dichoso sabiendo que faltaba algo á tu felicidad?

—Si yo no hubiera conocido á Carlos, padre mio, hubiera sido completamente dichosa á tu lado.

El doctor se sonrió al verla confesar, sin darse cuenta de ello, que habiendo visto á Carlos, hubiera sido desgraciada lejos de él.

—Pero el caso es que le has visto, dijo; si no hubiese sido Carlos, hubiera sido otro jóven cualquiera. Si ninguno hubiese llegado á gustarte, la culpa hubiera sido mia; la parte oscura de mi existencia hubiera proyectado su sombra sobre nosotros dos.

Desde la vista del proceso de Carlos, no habia oído nunca la jóven á su padre hacer la más ligera alusion á su prolongado cautiverio. Así es que se sintió fuertemente impresionada al escuchar sus últimas palabras, y recordó, mucho tiempo despues, la extraña emocion que le habian causado.

—Mírala, repuso el doctor señalando la brillante luna; yo la he visto desde la ventana de mi prision en una época en que me era imposible soportar su resplandor, porque la idea de que iluminaba todo cuanto yo habia perdido era para mí una tortura tan horrible que más de mil veces me golpeé la cabeza contra la pared de mi calabozo.

He vuelto á verla más tarde, cuando sumergido en un profundo letargo, sólo pensaba en contar las líneas trasversales y perpendiculares que yo trazaba sobre su imagen. De cualquiera de las dos maneras, añadió quedándose pensativo y sin dejar de mirar á la luna, sólo contaba siempre veinte líneas, y apenas si podía con gran dificultad colocar otra línea más.

Lucía se estremeció nuevamente á pesar suyo. Nada, sin embargo, justificaba aquel sobresalto: el doctor comparaba las pasadas torturas con la felicidad presente, y nada tenia de particular que su acento fuese más grave que de costumbre.

—Yo la he mirado mil veces pensando en el hijo que no habia visto nacer, continuó el antiguo preso. ¿Vivia el pobrecito? ¿Había muerto á consecuencia del horrible golpe que habia llevado su madre? ¿Era un hijo que llegaría á vengarme? Hubo un tiempo en que, encerrado en mi prision, sentía horribles deseos de venganza. Si mi hijo era varon, ¿llegaría á conocer mi historia? ¿No podía creer que mi desaparicion habia sido voluntaria? ¿No podía figurarse que yo le habia abandonado? Si era una niña, ¿llegaría á la edad de la mujer?

—Lucía se aproximó al doctor, y le besó la mano y la mejilla.

—Mi hija, decía yo, olvidará que tiene un padre; tal vez lo ignore siempre; vivirá sin pensar en él, se casará con un hombre que me será completamente desconocido, que no sabrá que estoy preso; desapareceré de la memoria de los vivos, y la inmediata generacion no notará siquiera un vacío en el lugar que yo ocupaba.

—¡Padre mio! esas suposiciones que haces de un sér que nunca ha existido me hieren el corazon como si fuese yo la hija de quien hablas.

—Tú, Lucía! ¿pues no ves que estos recuerdos míos de ahora provienen del consuelo que tú me has dado y de la

imaginacion que tú misma me has devuelto?... ¿Qué es lo que yo estaba diciéndote, hija mia?

—Que tu hija no te conocia, que se olvidaba de su padre...

—Sí, eso es; ya lo recuerdo. Pero otras veces, cuando la soledad y el silencio me concedian ese doloroso descanso que nace de la desesperacion, la luna me impresionaba de un modo muy distinto. Creía que mi hija entraba en mi calabozo, me sacaba de aquella horrible mansion, y me devolvía la vida y la libertad. Muchas veces he visto su imagen á la luz de la luna, del mismo modo que te veo ahora, sólo que no me abrazaba; quedábase entre la puerta y los barrotes de la ventana; pero, entérate bien, no era ese el hijo de quien yo te hablaba.

—¿No era su imagen?

—No; era otra cosa distinta. Permanecía de pié; yo le veía confusamente, pero no se movía. El fantasma que perseguía mi imaginacion era el de un hijo más real. Yo no conocía su aspecto exterior, sabía únicamente que se parecía á su madre. La semejanza existía en el otro, como existe en tí, hija mia, pero no era la misma. Yo creo que no comprendes bien lo que te digo. Es preciso haberse hallado solo en el fondo de un calabozo y haber permanecido en él durante mucho tiempo para comprender estas distinciones que no pueden explicarse claramente.

A pesar del dominio que tenia sobre sí mismo, no pudo impedir que su sangre se fijase en sus venas, mientras trataba de analizar sus antiguas impresiones.

—En los momentos pacíficos de que te hablo, dijo, imaginaba á la luz de la luna que mi hija venía á buscarme y me llevaba consigo para demostrarme que su morada estaba llena de recuerdos míos. Ella tenia mi retrato en su habitacion y mi nombre figuraba en todas sus oraciones. Su vida era laboriosa, útil y tranquila, y sin embargo, mi pobre historia se reflejaba por doquiera.

—Aquella hija, padre mio, era yo; yo, que aún cuando no tengo todas sus cualidades, tengo todo su amor.

—Ella me enseñaba sus hijos, continuó el antiguo preso; ellos conocían mi nombre, y habían aprendido á compadecerme; cuando pasaban por delante de alguna cárcel se alejaban de las sombrías paredes, dirigían la vista hácia los barrotes de las ventanas, y hablaban en voz baja. Fuerza era creer que ella no había podido conseguir mi libertad, toda vez que yo continuaba en mi calabozo. Yo creía que despues de haberme mostrado todo aquello, volvía á conducirme á mi prision. Pero entónces, gozando el beneficio de las lágrimas, caía yo de rodillas y bendecía á mi hija.

—¡Era yo, padre mio! ¡Ah, bendecidme mañana con el mismo fervor que entónces!

—Yo, querida Lucía, evoco estos tristes recuerdos porque esta noche tengo infinitas razones para amarte y para agradecer á Dios la dicha que me dispensa. Nunca había yo soñado con la profunda alegría que me has hecho conocer, y mucho ménos con la que nos presagia el porvenir.

Abrazó tiernamente á su hija, la recomendó al Señor con acento conmovido, dió gracias á Dios por habérsela conservado, y pocos momentos despues el doctor y miss Manette se dirigieron á sus habitaciones.

El único invitado á la boda era Mr. Lorry, y no había más dama de honor que miss Pross. Nada debía sufrir alteracion en los hábitos de la familia; los novios no abandonarían á Mr. Manette, y para que esto fuese posible, habían alquilado el piso de arriba, ocupado hasta entónces por el inquilino invisible.

El doctor estuvo muy alegre durante la cena. Sintió que Carlos Darnay se hallase ausente, censuró el pequeño complot que había alejado al jóven, y brindó con la mayor efusion á la salud de su futuro yerno.

Llegó el momento de dar las buenas noches á su hija, y ambos se separaron. A cosa de las tres de la madrugada, Lucía, atormentada por una vaga inquietud, bajó de su habitacion y se dirigió á la estancia de su padre, en la cual reinaban la mayor tranquilidad y el orden más completo. El doctor dormía profundamente; la almohada en que sus blancos cabellos se esparcían formando artísticos bucles, no tenía la más ligera arruga, y sus manos descansaban tranquilamente sobre la colcha. La jóven, despues de dejar la lámpara que llevaba, se acercó á la cama, posó sus labios en la megilla de su padre, y sin separarse de su lado le contempló durante largo rato.

Las abrasadoras lágrimas del preso habían inundado de arrugas su noble y hermoso rostro, pero él borraba sus huellas con tan firme voluntad y resistencia, que lograba disimularlas aún en las horas en que se entregaba al sueño. Aquel rostro tranquilo y resuelto, que revelaba una incesante lucha con un invisible enemigo, inspiraba el más profundo respeto. No hubiera sido posible hallar en los vastos imperios del sueño un rostro más notable.

Lucía colocó timidamente su mano sobre aquel venerable pecho, y pidió al Señor que dispensase á su padre la tierna solicitud que merecían sus sufrimientos. Retiró luego su mano, besó nuevamente la megilla del anciano, y volvió á su habitacion. Empezaba ya á despuntar el sol, y la sombra de las hojas del plátano se agitó tan suavemente sobre la frente del doctor, como los labios de la jóven cuando rogaba por él.